

y dijo: «Por vosotros, restos mutilados y deshechos del 54.º, que faltos, el uno de un brazo, el otro de una pierna, habéis honrado este acto con vuestra presencia, por vosotros no ha muerto vuestro comandante. Y aunque la ciudad de Boston no hubiera pensado en erigirle este monumento, y aunque la historia hubiera desdeñado el recoger sus altos hechos, en vosotros y en la raza leal que representáis, Roberto Gould Shaw tendría un monumento indestructible.»

Ahora fué Roger Wolcott quien, á la vez en su nombre personal y como Gobernador de Massachussets representando las simpatías de su pueblo, dió la señal de la ovación, levantándose para gritar: «Tres aclamaciones para Booker T. Washington!»

En el estrado se hallaba, entre otros varios, el sargento William H. Carney, de New-Bedford (Massachussets), el bravo abanderado negro, que en el Fuerte Wagner, mantuvo erguida siempre la bandera americana. Aunque su regimiento quedara diezmado, él pudo escapar, exclamando después de la batalla: «La bandera no ha tocado al suelo!»

Aquel día la tenía en las manos, su bandera y cuando yo me volví hacia los sobrevivientes del regimiento negro que estaban allí y cité el nombre del sargento Carney, instintivamente se puso en pie y levantó solemnemente la bandera.

Muchos discursos míos me han dado ocasión de asistir á manifestaciones emocionantes y halagadoras para mí: pero ninguna ha igualado en efecto dramático á la del día aquel: durante algunos minutos, mi auditorio estaba fuera de sí.

Cuando las fiestas que sucedieron á la guerra hispano-americana, se organizaron reuniones importantes, en honor de la paz, en muchas ciudades. El Comité de la

villa de Chicago, presidido por el señor W. Harper, presidente de la Universidad, me invitó á pronunciar un discurso en la semana del Jubileo. Hice dos discursos en Chicago. El más importante fué el del día 16 de Octubre, en el Auditorium, donde logré reunir el público más numeroso de toda mi carrera de orador. Aquella misma noche tenía que hablar en dos distintos sitios á otros dos auditorios diferentes.

Calculóse en dieciseis mil el número de personas que llenaban aquella noche el Auditorium y yo creo que un número igual quedaba en la calle pretendiendo entrar. Para lograr atravesar las puertas era preciso recurrir á la policía. Esta sesión iba á verse honrada con la presencia del Presidente William Mac-Kinley acompañado de todos los miembros del gabinete, de muchos ministros extranjeros, y de numerosos oficiales de la marina y del ejército, muchos de los cuales se habían distinguido en la reciente guerra. Aquel día los oradores eran, sin contarme á mí, el rabino Emilio Q. Hirsch, el Padre Thomas P. Hodnett y el doctor John H. Barrows. El *Times-Herald*, de Chicago, habló así de mi discurso: «Mostró al negro prefiriendo la esclavitud á la expulsión y recordó á Crispus Attucks derramando su sangre, en los comienzos de la Revolución de América, para dar á la raza blanca la libertad, mientras el negro continuaba en la esclavitud; narró la conducta de los negros en tiempos de Jakson, en la Nueva Orleans; trazó un cuadro sobrio y emocionante de los esclavos del Sud, protegiendo y manteniendo á las familias de sus dueños, mientras éstos empuñaban las armas para perpetuar la esclavitud; evocó la bravura de las tropas negras en Port-Hudson y en los fuertes Wagner y Pillou; y elogió el heroísmo de los regimientos negros que bombardearon el Caney y Santiago, para dar la libertad á los cubanos,

sin considerar la injusta distinción con que éstos últimos por ley y por costumbre tratan á los negros en su país.

«En todas estas cosas—dijo el orador,—mi raza se ha reservado la mejor parte.» Entonces hizo un elocuente llamamiento á la conciencia americana. «En verdad que no habréis oído vosotros la noble historia de la conducta heroica del negro en la guerra hispano-americana, historia que narran por igual el soldado del Norte y el del Sud, el exabolicionista y el ex-amo, sin deciros que una raza que así consiente en morir por su país, merece que se le permita vivir para él!»

La parte del discurso que más frenéticamente pareció provocar el entusiasmo del público, fué aquella en que dí las gracias al Presidente por haber querido otorgar un sitio al negro en la guerra hispano-americana. El Presidente estaba en un palco, á la derecha del estrado; en el momento en que, vuelto á él, terminaba mi frase de agradecimiento, estalló una ovación estrepitosa; el auditorio estaba en pie; veíanse agitarse pañuelos, bastones y sombreros; no cesando el clamor hasta que se levantó el Presidente para saludar. Reprodujose, entonces, la ovación con violencia indescriptible.

Hubo, en mi discurso de Chicago, algunos puntos que no fueron exactamente interpretados por la prensa del Sud y algunos periódicos me criticaron con bastante dureza. Estas críticas duraron semanas enteras, hasta que el Director del *Age-Herald* de Birmingham (Alabama) me escribió, para pedirme aclaraciones. Le respondí por medio de una carta que pareció contentar á mis críticos. Decía en ella que era principio mío no decir nunca en el Norte lo que no pudiera repetir en el Sud y que me parecía que mi abnegación durante diez y siete

años en la obra de Tuskegee debía bastar para justificarme á los ojos de los sudistas más exigentes.

Por lo demás repetía las mismas razones dadas en mi discurso de Atlanta para disipar los prejuicios de raza por medio de constantes relaciones comerciales y sociales. Añadí que no acostumbraba á discutir nunca lo que ha dado en llamarse «reconocimiento social del negro» y citaba el pasaje de mi discurso de Atlanta sobre esta materia.

Hay, en las reuniones públicas, una clase de individuos á la que temo por encima de todo: los chiflados. En cuanto tropecé con el primero de estos personajes aprendí á conocerles desde lejos y á *verles venir*. Llevan de ordinario, la barba larga y descuidada; su cara es también flaca y larguirucha: visten levita negra. Sus ropas y su camisa rezuman grasa; los pantalones forman rodilleras.

A continuación de mi discurso de Chicago vino á abordarme uno de esos personajes cuya especialidad consiste en poseer un remedio para todos los males del universo. Este pretendía conocer un sistema para conservar el maíz durante tres años y, según él, si la raza negra le compraba su secreto, ya los negros no tendrían que pensar jamás en la cuestión de raza. Fué inútil todo cuanto hice por convencerle de que lo que ante todo queríamos nosotros era enseñar á la raza negra á producir los cereales suficientes para el año. Otro de estos chiflados pretendía cerrar todos los Bancos nacionales del país; me habló para solicitar mi concurso; estaba seguro de que esto zanjaría para siempre la cuestión de razas.

Es incalculable el número de personas que están dispuestas siempre á acapararos y haceros perder el tiempo. Una noche yo había hablado en Boston, ante una numerosa concurrencia. A la mañana siguiente me des-

pertaron para entregarme una tarjeta, diciéndome que alguien deseaba hablarme. Creyendo que se trataría de un negocio importante, me visto precipitadamente y desciendo al salón del Hotel donde encuentro á un hombre, de rostro inocente y plácido que me dice «Le he oído hablar ayer noche y tuve tanto gusto que he venido á verle esta mañana para oírle hablar otra vez y renovar aquel placer».

Se me ha indicado con frecuencia que debe serme difícilísimo ocuparme de la dirección de Tuskegee, viajando tan á menudo como viajo. Responderé á esta indicación que, en oposición con el adagio que dice «no hagas hacer á los demás lo que puedes hacer tú mismo», yo tengo por principio no hacer nunca en persona lo que los demás pueden hacer tan bien como yo.

Nuestro establecimiento funciona maravillosamente, aunque falte de él uno de sus administradores. Su personal, hoy día, comprendidos empleados y profesores es de 86 personas. Cada cual tiene su parte de trabajo tan precisamente distribuída que el todo marcha solo con la regularidad segura de un cronómetro. La mayoría de nuestros profesores forman parte del instituto desde hace muchos años y están interesados en él con iguales títulos que yo mismo. En mi ausencia el señor Warren Logan, tesorero del instituto, que hace diez y siete años está en la Escuela, desempeña las funciones de Director. Le secundan la señora Washington y mi fiel secretario Emmett J. Scott que se encarga de la mayor parte de mi correspondencia y me tiene al corriente de cuanto se refiere á la Escuela y aun de cuanto ocurre en el Sud relacionado con la raza negra. Son indecibles los servicios que me ha prestado el señor Scott, gracias á su tacto, su inteligencia y su perseverancia.

La marcha general de la escuela, hálleme yo ó no

me halle en Tuskegee, es discutida y dirigida, por lo que llamamos nuestro Consejo ejecutivo. Este Consejo se reúne dos veces por semana. Compónese de nueve personas respectivamente encargadas de un trabajo especial de la escuela. Por eso la señora B. K. Bruce, viuda del ex senador Bruce, forma parte de nuestro Consejo, en su calidad de directora del internado de alumnas y se ocupa en todo lo referente á ellas. Al lado de este Consejo ejecutivo hay un Comité de Hacienda, compuesto de seis miembros; se reúne todas las semanas y decide de los gastos que han de hacerse semanalmente. Por lo menos una vez al mes, hay reunión de profesores y ya no hablo de las reuniones menos importantes, como las de las clases bíblicas, las sociedades agrícolas, etc.

Para permitirme seguir el buen funcionamiento de la escuela, hemos adoptado un sistema de información en cuya virtud puedo estar al corriente de los menores detalles del servicio, sea cual sea el rincón del país donde me halle. Así me dan cuenta de los alumnos á quienes se les dispensa de asistir á clase y por qué motivos; de las ganancias de la escuela día por día; del número de litros de leche y de libras de manteca que produce nuestra granja; de lo que comen discípulos y profesores; de si presentan á la mesa la carne hervida ó asada; de si los legumbres se compraron en el mercado ó provienen de nuestra granja. La naturaleza humana varía poco de un extremo á otro del globo. Y es mucho más cómodo, por ejemplo, tomar del saco de arroz el cereal ya limpio y preparado, que ir á la tierra de la huerta y arrancar con personal esfuerzo las patatas que luego habrán de pelarse y de lavarse. Sin la obligación de dar diariamente cuenta de todo, degenerarían fatalmente todos los servicios.

Se me ha preguntado cómo encuentro tiempo para

mis distracciones y para mi reposo en medio de tantas ocupaciones y á pesar de las horas que consume mi vida pública. Alguien ha llegado á preguntarme cuáles eran mis diversiones y mis juegos favoritos. Confieso que esta es una pregunta que me embaraza un poco. Por mi parte, creo que todo hombre viene obligado, por sí mismo y por la misión que haya escogido, á constituirse un temperamento robusto, y nervios sólidos, que le ayuden á afrontar las situaciones difíciles y los desengaños. Por lo que se refiere á mi trabajo, hago una distribución del tiempo, en la que todos los deberes cotidianos quedan despachados en las primeras horas de la mañana, á fin de que no vengan á mezclarse con los nuevos que puedan traerme cada día. Tengo por principio limpiar cada noche mi mesa de todo trabajo de correspondencia y contabilidad á fin de comenzar, á la mañana siguiente, un día enteramente nuevo. De este modo soy dueño absoluto de mis días y puedo reglamentar mis horas de trabajo, en lugar de verme tiranizado por ellas. Hay un goce, á la vez físico, intelectual y moral, en sentirnos dueños de nuestro trabajo, en sus menores detalles. La experiencia me ha demostrado que este modo de proceder da al espíritu un ánimo valiente y al cuerpo el necesario vigor para mantener al hombre en buena salud. Cuando uno llega á amar su obligación, nacen fuerzas inapreciables con que llevarla á cabo.

Me pongo á trabajar por la mañana, lleno de entusiasmo y esperando un buen día, pero, al mismo tiempo, no olvido que he de estar apercibido para todo género de eventualidades desagradables: unas veces se ha declarado un incendio en uno de nuestros edificios, que ha ardidado totalmente y otras veces un periódico me critica por algo que he hecho ó no he hecho, por algo que

creen que he dicho y que probablemente no habré dicho nunca.

Hace dos años, por la primera vez en diez y nueve de trabajo incesante, me concedí unas vacaciones, que, por decirlo así, mis amigos me obligaron á aceptar poniendo en mis manos la suma necesaria para hacer un viaje á Europa mi mujer y yo. Como acabo de decirlo, yo creo que es un deber nuestro cuidar nuestra propia salud y encuentro razonable no dejar que se agraven los pequeños males, único medio de alejar los grandes. Cuando tengo insomnios sé que algo anda mal en mi organismo y en cuanto alguno de mis órganos flaquea consulto al médico. Poderse dormir cuando uno quiera y donde uno quiera es un gran recurso. Gracias á esta facilidad yo he logrado hacer sueños de quince minutos, reposarme un poco en ellos y volver á la labor tranquilamente.

También he dicho que tengo por principio no dejar que las ocupaciones de un día me invadan al siguiente. Hago, en este punto, una escepción para las cosas en las que toma parte el sentimiento: para esto encuentro prudente dejar pasar la noche y darme tiempo á consultar con mi mujer ó mis amigos.

Voy á hablar de mis lecturas. Tengo poco tiempo para consagrarlo á mis lecturas y la mayoría de ellas las he hecho en mis viajes. Los periódicos son una fuente constante de goce y de recreo para mí; no tienen más que un inconveniente, y es que leo demasiados. No tengo inclinación ninguna por las obras de pura imaginación y necesito hacer un gran esfuerzo para leer la novela en boga. La literatura que más me cautiva es la biografía, me gusta sentir que el héroe cuya vida leo es real y que se habla en ella de hechos realizados. No creo exagerar diciendo que he leído todos los libros y

todos los escritos que hacen referencia á Abraham Lincoln. En literatura es mi dios y mi maestro.

De los doce meses del año paso, los menos seis, alejado de Tuskegee. Si el vivir tanto tiempo alejado de la escuela tiene sus inconvenientes, no cabe duda que también ofrece sus ventajas. El cambio de ocupación ya es, por sí mismo, un reposo. Un largo viaje en ferrocarril llega á serme agradable, si puedo instalarme en comodidad y siempre que no venga á molestarme el inevitable individuo que parece encontrarme en todos los trenes, únicamente para tener el gusto de decirme: «¿Es al señor Booker Washington al que tengo el honor de hablar?... Me tome la libertad de presentarme... etcétera.»

Otro efecto del alejamiento es hacerme olvidar los detalles insignificantes de la obra y abarcar mejor su conjunto. Mis viajes me permiten, asimismo, descubrir nuevos métodos de educación y relacionarme con los mejores pedagogos del país.

Aparte de todo esto debo confesar que el mejor momento de mi vida es el que paso en Tuskegee, en el seno de mi familia, por las noches, después de comer, rodeado de mi mujer y de mis tres hijos Portia, Baker y Davidson. Es el momento en el que leemos ó en el que contamos anécdotas, cada cual por turno. Sólo un paseo por el bosque sobrepaja en encanto al de estos instantes. Paseamos, alguna vez, los domingos por la tarde en el bosque estamos en contacto con la naturaleza misma; lejos de los importunos respiramos el aire puro, rodeados de árboles, de arbustos, de flores y de los dulces perfumes que emanan de millones de plantas, mientras en la distancia suena el *cricri* monótono de los grillos y sobre nuestras frentes el canto de los pájaros. Este es el reposo; el verdadero reposo.

Mi jardín es también una fuente de placeres para mí, á pesar del poco tiempo que puedo permanecer en él. Experimento una gran satisfacción siempre que puedo sentirme en comunicación con la tierra; es decir lejos de todo lo que es artificial ó imitado.

Cuando puedo dejar mi despacho lo bastante temprano para concederme media hora de jardinería, experimento como una renovación de fuerzas que me ayudan á soportar los contratiempos inevitables en mi accidentada vida. Compadezco á los que no saben extraer como yo de la naturaleza fuerza y alegría para vivir.

Sin hablar de los establos y de los animales domésticos que forman parte de la escuela, yo poseo personalmente algunos cerdos y aves de rarísimas especies que tengo un gusto especial en cuidar. El cerdo es mi animal favorito. Aprecio, por encima de todas, la especie Berkshire ó el cerdo Poland-China.

Me preocupan poco los juegos: no he visto nunca un *foot-ball*. Soy absolutamente ignorante en materia de naipes; no llego á distinguir una carta de otra. A veces me pongo á jugar á la lotería antigua con mis hijos. Tal vez el gusto del juego se habría manifestado en mí, si durante la infancia me hubieran iniciado un poco; pero entonces no era posible pensar en juegos.